

ca y la idea liberal, la idea democrática. Este pacto ha nacido del estado de los ánimos, que no tienen fé bastante para creer en lo pasado, ni arrojo bastante para fiarse á lo porvenir. Y cuando los ánimos andan en la incertidumbre, es muy fácil que cambien á cada momento de opinion y de rumbo. Hay épocas en los gobiernos constitucionales, en que el ánimo de las gentes se inclina á la autoridad, á la monarquía, á la paz. En estos tiempos, el partido moderado se levanta y dice á la opinion: «yo te daré autoridad, monarquía y paz.» Hay otras épocas, en que la indecisa opinion se inclina á la libertad, al progreso, á la revolucion, y el partido progresista le dá, en cuanto puede, todos estos elementos. Así, cuando la opinion se inclina á lo pasado, el partido conservador evita que caigan los pueblos en el absolutismo; y cuando se inclina á lo porvenir, el partido progresista evita que vayan á dar en la democracia. Mas quitad estos dos términos, formad con ellos un solo partido, y habiendo quitado las dos fuerzas centrípeta y centrífuga del régimen constitucional, cuando la opinion se incline á lo pasado, irá á dar en el absolutismo; cuando se incline á lo porvenir, entrará triunfante en el campo de la democracia. La union tan decantada es la muerte de los antiguos partidos. Se acercan para abrazarse, y se abrazan para morir unidos. Pero la muerte de los dos partidos, no lo dudeis, es la muerte del sistema.

VII.

Por fin me encuentro con dolor frente á frente del partido progresista. En pocas ocasiones de mi vida he sentido una mezcla más penosa de amor y odio, de santa fé y pavorosa duda. Antiguo partido progresista, yo te saludo como el hijo saluda la memoria de su padre; yo te deseo un eterno y tranquilo reposo, y en premio de tu penosa vida, el recuerdo, la gratitud de todos los buenos. Nunca jamás olvidarémos nosotros, los hijos del siglo XIX, tus grandes, tus preclaros servicios, antiguo partido progresista. Ardia la inquisicion, sus hogueras manchaban con su humo el pensamiento humano, cuando no lo consumian en sus llamas; alzaste tú la frente, hijo predilecto de la revolucion, y con tu aliento sobrehumano apagaste las hogueras y encendiste en el alma del hombre el fuego divino de la libertad. El absolutismo pesaba sobre todos como

una coyunda, como una cadena; nuestros padres eran juguete de la ambicion de un favorito y sus cortesanos; hablaste tú, y el absolutismo se quebrantó como la estatua de barro que soñó el Profeta. Sobre nuestros labradores pesaban los señoríos; el fruto de la propiedad y del trabajo era para los magnates; viniste tú, y con mano poderosa arrancaste hasta las raices del feudalismo. Pesaban sobre la industria mil trabas, sobre la propiedad mil gabelas, sobre el comercio la tasa, y tú acabaste con las trabas, las gabelas y la tasa. El municipio yacía en el suelo, despojado de su poder, falto de su sávia; no se acogían á su sombra ya los pueblos, bien hallados con su dura servidumbre; pero tú levantaste de nuevo el municipio. El pueblo español, fuera de la vida política, vivía bien ¡el desgraciado! en la gemonía de los esclavos; pero tú le alzaste, le infundiste un soplo de nueva vida, le armaste con la santa idea de sus derechos. Andaba el gobierno á merced sólo de la voluntad de un hombre, y tú pusiste el gobierno en la ley, escribiendo entre las ráfagas de la tempestad el Código inmortal de 1812. La elocuencia habia enmudecido, la literatura estaba moribunda; subiste á la tribuna, á la gran tribuna, que las olas del Occéano arrullaban como los ecos de una gran música, y pasmaste al mundo con tu elocuencia; y despues cogiste la rota lira de nuestros padres, y brotaron bajo tus dedos á torrentes cánticos divinos consagrados á la libertad

y á la patria. No teníamos ni siquiera espacio donde fijar la planta; el extranjero nos habia robado el hogar, habia despojado nuestros templos, nos habia vencido y humillado por falsías, creyéndonos pueblo indigno de ser sometido por la guerra; y tú, tú, viejo partido progresista, con una mano escribías los códigos venerados de la libertad, y con la otra derribabas en el polvo, auxiliando á todo el pueblo español, las huestes enemigas, que huyeron avergonzadas, ocultando sus frentes sobrecargadas de laureles, sin honor y sin bandera; porque todo lo dejaron en el altar de nuestra patria. Tú eras legislador como Solon, guerrero como Temístocles, poeta como Tirteo. Y tenías al mismo tiempo algo que vale más que el genio, más que el valor, más que la inspiracion: tenías una virtud tan arraigada, una moralidad tan estóica, una fé tan viva, que nada pudieron contra tí todos los reveses, todos los dolores, todas las amarguras, y lo que es más difícil de resistir aún, todas las seducciones del mundo, soldado generoso de la libertad.

Quando acabó la hora de legislar, la hora de combatir, y comenzó la hora de padecer, ¿quién te escedió en padecimientos, mártir de la libertad? Tú habias dado al rey un trono, y el rey te dió un cadalso. Tú habias dado al pueblo libertad, y el pueblo, por ignorancia, te encerró en hondos calabozos. Tú habias devuelto su independencia á la patria, y no encontraste un asilo de la patria, ni aún el asilo

que la tierra concede á las mismas fieras. Tú habias grabado en la frente del hombre la idea del derecho, y no encontraste compasion en el hombre.

¡Cuántas veces hemos oido desde la infancia contar las amarguras, las penalidades infinitas de estos tribunales, su largo y tristísimo calvario! Perseguidos, dispersos, heridos en su honra, en su familia; condenados al presidio como facinerosos, á la horca como asesinos; sin hogar, sin serles dado ver la madre patria; arrostrando todo linaje de miserias, hambrientos, enfermos por las calles de extrañas ciudades, rodeados de amarguras inenarrables; aquellos hombres, verdaderamente justos, verdaderamente liberales, nunca sintieron ni flaquear el corazon, ni vacilar la inteligencia, y enseñaron á sus hijos, nacidos en el destierro, en la emigracion, con fé sobrehumana, á idolatrar la patria que no podian ver, á seguir la libertad que habia hecho su desgracia; fé santísima, fé que es un don del cielo reservado para los escogidos, fé propia de los mártires.

Y decidme: estos hombres, que apagaron las hogueras de la inquisicion, que dieron libertad al pensamiento, que levantaron la frente del pueblo, ¿qué eran? Eran demócratas. ¿Qué fué su venerable código? Una Constitucion democrática. Ellos establecian la soberanía de la nacion, su autonomia, su independendencia; la santidad inviolable del hogar doméstico, la igualdad ante la ley, la libertad del pen-

samiento, la abolicion de todo privilegio de casta ó de familia, el sufragio universal, la instruccion del pueblo, la Cámara única, la libertad de la provincia, la independendencia del municipio dentro de su esfera; en una palabra, el gérmen de todos los derechos, de todas las ideas que son hoy el símbolo de la democracia; y si no llegaron á otros principios más generales ó más altos de la democracia, fué, no por falta de su amor á la verdadera, á la santa libertad, sino por el estado de los ánimos y el influjo de los acontecimientos. Pero ellos eran demócratas, y dejaron escrito en la conciencia del pueblo un código que el pueblo invoca siempre en sus amarguras, un recuerdo que el pueblo adora siempre, un nombre que se repite de generacion en generacion, una idea verdaderamente democrática, á cuyo impulso latén de gozo los corazones, la Constitucion de 1812.

Mas ¡qué fatalidad tan grande! Cuando más tarde el partido progresista fué llamado á reformar esa Constitucion, se olvidó de ella y la rasgó página por página, sustituyéndole la Constitucion de 1837. ¡Qué amarga decepcion! La soberanía del pueblo fué relegada al preámbulo de la Constitucion, — y arrancada de sus artículos, como perjudicial y dañosa; la libertad de la prensa fué entregada al oro corruptor; el sufragio universal fué reemplazado por el censo; el jurado existió escrito, pero no realizado; la libertad fué mutilada, sí, y mutilada por

los que se llamaban hijos y herederos de los gloriosos legisladores de Cádiz. ¡Situación extraordinaria la del partido progresista! A una avenencia difícil, imposible, con el partido moderado, sacrificó todas sus ideas, todas sus glorias, y entregó el alma vilmente al pontífice doctrinario que á la sazón reinaba en París. Podía haber consultado el espíritu nacional que está impregnado de democracia, y no haberse ido á prostrar de hinojos ante una escuela que será eternamente extranjera en nuestra patria. Podía haber sido fiel á su nombre de progresista, y haberse movido hácia la realización de la verdadera justicia, hermanada por lazo indisoluble con la verdadera libertad; pero prefirió saludar el astro que estaba en su zenit, oír la voz de los que se llamaban defensores de la suprema inteligencia, y bien pronto echó de ver que se había engañado, que no había esperanza, que su Constitución, árbol doctrinario, daba de sí frutos doctrinarios, es decir, que por sus leyes electorales, por sus leyes de imprenta, por sus leyes políticas subieron como por un camino desembarazado al poder los moderados, sus eternos enemigos.

El partido progresista, que se había arrancado por sus propias manos las flores de su corona, que había prestado el cuello al sacrificio, como aquella hermosa vírgen griega que arrojoba sus joyas y sus laureles y su propio cuerpo á las llamas; el partido progresista, que había pisoteado todos sus principios

políticos, cuando vió que el partido moderado pisoteaba sus principios administrativos, se indignó y encendió la tea revolucionaria, apelando á la insurrección en las calles, cuando había rehuído hacer una revolución más grande, más serena, más provechosa, más pacífica, en el templo de las leyes, ahorrando así á la nación convulsiones siempre dolorosas.

Realizada una revolución, subió al poder un hombre cuya significación será siempre enigmática; un hombre cuya popularidad es igual á su impotencia. Ese hombre, que fué, un tiempo moderado, pasó á representar, á encarnar el partido progresista; ese hombre, que había realizado la anhelada paz, fué símbolo de la revolución, bandera de la revolución, dueño de la revolución. Sus calidades personales son difíciles de examinar, por lo mismo que casi todas son negativas. Espartero no es la idea, no es el sentimiento de la revolución; es su instinto, y como el instinto, es ciego, y como el instinto, es torpe. Así toma el ruido de la revolución por la obra de la revolución, y cree que el pueblo es feliz cuando mil voces aclaman á Espartero, cuando la Milicia Nacional le saluda, cuando las ciudades se engalanan para recibirle, cuando el entusiasmo y la pasión estallan por todas partes y en cánticos guerreros suben, poblando los aires, hasta el cielo.

El pueblo le ha amado, y en ese amor ha habido una razón: le ha amado, porque era, como el pue-

blo, sencillo; le ha amado, porque, nacido de las entrañas del pueblo, se había levantado por su propio esfuerzo hasta humillar los más altos poderes; le ha amado, por una razón de sentimiento noble y generosa, porque en el poder ha sabido conservar la honradez y hasta la ignorancia del campesino, la sobriedad y hasta la franqueza del soldado.

Espartero tiene algo que seduce: en el poder parece un ciudadano modesto, y fuera del poder un príncipe destronado. Cuando manda, manifiesta gran deseo de volver á la vida privada; y cuando está en la vida privada, oculta sigilosamente su deseo de mandar. Tiene una cualidad muy española, ó mejor dicho, muy árabe: cree en su estrella, y lo fia todo á la fatalidad del destino. Ha sido muy afortunado en los juegos de azar, y desconociendo la política, cree, como muchos que la conocen, que la política es un juego de azar. Allá en su mente no hay una idea, ni siquiera cruza un pensamiento por su cerebro vacío. Y así como no hay ni una idea en su mente, no hay ni asomo de resolución en su pecho. No hace nada; pero á todo está dispuesto, con tal que todo se lo den hecho. Es necesario matarse por él, y despues ir á buscarlo, para que se aproveche de la victoria y la malogre. El hubiera podido encauzar la revolucion en el derecho, que es su gran cáuce; pagar al pueblo su amor en grandes instituciones, en grandes reformas, contener y haer-rojar con su popularidad las aviesas ambiciones;

cegar á los partidos con el brillo de la gloria nacional; enviar aquellos ejércitos, quizá los primeros del mundo, aquellos heróicos ejércitos, á la guerra santa, á la guerra patriótica del Africa; levantar á España de su abatimiento, haciendo oír su voz poderosa en el consejo de las naciones; y así hubiera logrado hoy, en su vejez, la satisfacción de la propia conciencia; y mañana, en la posteridad, los laureles de la historia.

Mas para esto se necesita una idea, y Espartero no tiene ideas; resolución, y Espartero no tiene resolución; fuerza, y Espartero, por lo mismo que no tiene ni ideas ni resolución, no tiene fuerza. El, sin embargo, algo significa, algo representa; porque Dios no manda nunca ciertos hombres á la tierra sin darles una idea que realizar, un destino que cumplir. Dejándolo todo al acaso; sin pensamiento, ni en la oposicion ni en el gobierno; pagado de sus antiguos recuerdos, y sin renunciar nunca á sus esperanzas; ambicioso, aunque ignorando el camino por donde llega el hombre de aliento y elevadas miras al término de sus ambiciones, el Duque de la Victoria es la encarnacion de la fórmula negativa que los liberales de allende el Pirineo inventaron, de esa fórmula de «dejad hacer, dejad pasar,» fórmula que le ha llevado como entumecida ola unas veces al Capitolio, y otras lo ha derribado como una ráfaga de pavoroso huracan en los abismos. Dejémosle reposar en paz; su nombre será funesto siempre en la histo-

ria de nuestras combatidas libertades. Quiera el cielo que no le veamos aparecer nunca por los horizontes del gobierno; pues al brillar y al apagarse ha sido siempre como un sangriento cometa, sin dejar en pos de sí nada más que ruinas.

En este período de tiempo, el partido progresista nada progresó. Gastó su tiempo en luchas infecundas, en vergonzosas recriminaciones. La lucha fué tanto mas triste, cuanto que era resultado, no de ideas, y sí de pasiones muchas veces odiosas. La violencia llegó á tal extremo, que los mismos progresistas extendieron las manos al extranjero y llamaron en su auxilio á sus enemigos, y sus enemigos fueron sus verdugos. Dias de luto, dias de desolacion siguieron; pero, fuerza es decirlo, nada adelantaron los progresistas en la desgracia.

Por fin llegó un dia tremendo para todos los doctrinarios; el dia del juicio universal de todas esas ideas y de su condenacion inapelable; uno de esos dias en que la Providencia se manifiesta claramente en el tiempo y en el espacio; el dia 24 de Febrero de 1848. Entónces los progresistas que habian sido infieles á la idea democrática: los que habian enterrado la Constitucion de 1812: los que habian puesto á precio el derecho electoral; los que habian amarrado con cadenas el pensamiento á la tierra; los que habian erigido una oligarquía en vez de un gobierno; los que habian arrojado al pueblo ignominiosamente de la participacion en la vida política: aterrados de

ver brillar otra vez en los aires la idea que ellos creían enterrada para siempre en frio ocaso, y temerosos de que esa idea, que subía con firme paso al trono de la tierra, les pidiera cuenta de sus apostasías, retrocedieron espantados, y demandaron asilo á los conservadores en su campo, si no para aquel momento, porque las transiciones bruscas son imposibles, para más adelante, aguardando solo que sonára la hora de la reconciliacion.

Pero habia en el partido progresista, y sobre todo en sus huestes, en sus muchedumbres, una série de hombres, que, si no habian abrazado una fórmula de progreso más amplia, era porque no la habian entrevisto. Estos hombres, así que vislumbraron la verdadera libertad, se apercibieron á pelear por ella. La libertad habia sido el anhelo de sus corazones, la libertad la estrella norte de sus inteligencias. Pues bien, á la libertad rindieron culto, prestaron acatamiento, llamándose desde entónces con su nombre natural, propio, llamándose demócratas.

La descomposicion del partido progresista es evidente, es palpable. A veces los hombres son como ideas vivas: Cortina y Orense, los dos, señalan la doble descomposicion del partido progresista en sentido conservador y en sentido democrático. Cuando Cortina anunció sus ideas conservadoras, pudo mirar en derredor de sí y decir: mi voz clama en el desierto. Todos le habian abandonado. Cuando Orense, fiel á su dictado de progresista, proclamó la demo-

cracia, nadie le seguía; estaba también solo, también abandonado. Mas el tiempo, en el cual reside la lógica eterna de la historia, demostró que esa doble descomposición no provenía del capricho de los hombres, sino de las necesidades de los tiempos. Y hoy la idea de Cortina es poder, y se llama unión liberal. Y hoy la idea de Orense está organizada en un gran partido, y se llama democracia. Pos-tráos ante la Providencia, que se revela con luz tan clara y tan divina en nuestra misma historia.

Pero entre estos hombres ha quedado una fracción que no tiene razón de ser, que no tiene razón alguna de existencia: el partido progresista puro. Este partido no puede progresar con sus ideas de hoy, porque á los partidos medios les falta tiempo para conservarse, y no piensan en progresar. Este partido ó se suicida ó se convierte á la democracia. No tiene más remedio. Si cree que de la unión liberal le separan solo cuestiones de cantidad y no de calidad de principios, debe irse á la unión liberal. Pero si cree que necesita progresar, debe trasformarse en partido democrático. Vosotros, los que creis en la libertad, mirad que solo la democracia puede dar de sí la verdadera libertad: vosotros, los que amais la igualdad, mirad que solo la democracia puede realizar la igualdad política; vosotros, que amais el progreso, acordáos de que hoy la democracia es la FÓRMULA DEL PROGRESO.

En la historia el progreso es como el paladar del
que á ninguna maldecido de Dios y de los hombres.
sin familia donde capta el corazón, sin un asilo
en la tierra, más dura para él que para los brutos.
los que nunca tiene una verdadera; sin esperanza.
porque hasta el cielo era como de bronce á sus cla-
moros; entorpecido eternamente bajo el duro peso de
su trabajo.

VIII.

por los calabozos de su eterna cadena que iba holan-
do caer como un castigo, de generación en genera-
ción, sobre la frente de sus hijos; el espíritu antiguo,
decaído, después de haberse transformado por la fuerza.

El progreso es nuestra creencia, nuestra fé. El progreso es, como ha dicho con razón un gran escritor, la fé del siglo XIX, la gran creencia de todos sus hijos. Do quier convirtamos los ojos, hallaremos las señales manifiestas de las huellas que ha dejado esa idea divina en la conciencia y en el espacio. Sea cualquiera la página de la historia que abramos, allí estará viva, vigorosa, como el aliento de todas las generaciones, como el espíritu de todos los siglos.

En las capas de la tierra, en esas grandes lápidas, donde el Creador ha dejado escritas con caracteres indelebles las series de trasformaciones que ha sufrido el globo, se ve claro, manifiesto el progreso, que sube desde los seres inferiores, últimos eslabones de la cadena zoológica, hasta el hombre, cuya organización y cuya inteligencia es como el anillo nupcial de Dios con la naturaleza.